

Hojitas de Fe

Mi vivir es Cristo

458

3. Fiestas del Señor

Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo

*Saltó como un gigante para comenzar su carrera:
de un confín del cielo fue su salida, y hasta el otro confín su regreso.
(Sal. 18 6).*

Nos dice la Sagrada Escritura que cuando Dios concluyó la obra de la creación, descansó al séptimo día, contemplando todo cuanto había hecho y hallándolo muy bueno.

También Nuestro Señor Jesucristo, al subir a los cielos, da por concluida su obra de la redención, y se toma el descanso, el séptimo día, para contemplar todo cuanto ha hecho, y para hallarlo todo muy bueno.

Acompañemos a Nuestro Señor en la contemplación de esta obra redentora, para gozarnos con El, y admirar la infinita misericordia que tuvo con nosotros.

1º Primera etapa de la obra de Cristo.

Así como Dios, al comenzar su obra creadora, se halló frente a un terrible caos, esto es, frente a un abismo cubierto de inmensas tinieblas; así también Nuestro Señor Jesucristo, contemplando la humanidad que El mismo había creado, no veía más que un inmenso abismo de pecados y de miseria, enceguecido además por densas tinieblas. O, para hacer uso de la figura de la obra redentora en el Antiguo Testamento, el éxodo de Egipto, Nuestro Señor Jesucristo veía a la humanidad esclavizada por un terrible faraón, el diablo, que se creía fuerte: era necesario que alguien más fuerte que él lo venciera, y le arrebatará todas las armas en que confiaba.

«Cuando un hombre fuerte, armado, guarda su casa, todas las cosas están seguras; pero si otro más fuerte que él le asalta y le vence, le quitará todas las armas en que confiaba, y repartirá sus despojos» (Lc. II 21ss.).

Nuestro Señor Jesucristo oyó, pues, los clamores de los justos y de los pecadores arrepentidos, y, como nuevo Moisés, se dirigió a libertarlos.

«Como un gigante salió para comenzar su carrera: de un confín de los cielos fue su salida».

Esta carrera la comenzó en el seno purísimo de María, al hacerse hombre, y al darnos ejemplo por su vida, por su predicación y por sus milagros. A pesar de eso, como Faraón se negaba a soltar a sus cautivos, fue preciso que se inmolará un Cordero, que su Sangre señalara a los elegidos, y que su carne fuese comida. Aceptando generosamente este sacrificio, Nuestro Señor Jesucristo se inmoló por nosotros en el ara de la Cruz, selló nuestras almas con su Sangre por el bautismo, y nos dio a comer su Cuerpo en la Eucaristía. Con esto Faraón fue definitivamente vencido, viéndose obligado a dejar salir al pueblo que tenía cautivo, y que Nuestro Señor condujo al Mar Rojo, a las aguas del bautismo que, rojas de su Sangre, tienen el poder de ahogar todo pecado y de fortalecer contra todo ataque del demonio.

Esta fue la **primera etapa** de la obra redentora: el gigante Jesús se enfrentó al demonio, y habiéndonos amado hasta el fin, entregó por nosotros su vida y su sangre, expiando todos nuestros pecados.

2º Segunda etapa de la obra de Cristo.

Pero la inmolación no bastaba: faltaba otra parte esencial del sacrificio, la aceptación del mismo por parte de Dios. La Resurrección y Ascensión de Jesús fueron, evidentemente, la aceptación pública y solemne del sacrificio de la Cruz. Fueron también la paga de Dios Padre a su Hijo Sacerdote:

«Padre mío, ha llegado la hora: glorifica a tu Hijo... Yo te glorificado en la tierra, cumpliendo la obra que me confiaste. Ahora glorifícame tú, Padre, en Ti mismo, con la gloria que tenía en Ti antes de que el mundo fuese» (Jn. 17 1-5).

Muy hermosas son las reflexiones que sobre este punto hacía Monseñor Manuel González, meditando sobre el primer misterio de gloria:

«¡Cómo se ve al Padre glorificar a su Hijo anonadado y obediente hasta la muerte de Cruz!:

1º Exaltando su Cuerpo con su Resurrección gloriosa, causa y modelo de todas las resurrecciones, y espiritualizándolo con las dotes del Cuerpo glorioso.

2º Perpetuando en la tierra el honor y la exaltación a la Santa Humanidad de su Hijo con la perpetua adoración de su Eucaristía en todos los lugares del mundo...

3º Haciendo del Sacerdocio de su Hijo el principio y la razón de todo sacerdocio, y la causa principal de su glorificación, de la redención, de la justificación y santificación de las almas...

4º Levantando el nombre de Jesús sobre todo nombre, ante el que, de grado o por fuerza, ha de doblarse toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos».

Es tal la bondad de Jesús, que incluso en esta su glorificación, que es la **segunda etapa** de su obra redentora, no nos olvida, sino que se encarga de cumplir el oficio de consolador de sus amigos y almas justas: • consuela a las almas de los santos del Antiguo Testamento, bajando al seno de Abraham para comunicarles su visión beatífica; • consuela a su Santísima Madre, a las santas Mujeres, a los

Apóstoles, por medio de numerosas apariciones, en que *«se manifiesta muchas veces después de su pasión, dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles en el espacio de cuarenta días, y hablándoles del reino de Dios»* (Act. 13).

3º Tercera etapa de la obra de Cristo.

Pero faltaba aún una tercera cosa: se había cumplido la primera, la realización del sacrificio, y la segunda, la aceptación por parte de Dios; pero aun no había sido aplicado su fruto a las almas en el tiempo y el espacio. Asimismo, la glorificación no había sido completa: el Padre había glorificado a Jesús en la tierra por la resurrección, mas faltaba que le dé ahora la gloria que merece en los cielos. Y todo eso se culmina por la Ascensión.

Y así, Jesús sube a los cielos para continuar desde allí, como Mediador e Intercesor nuestro ante el Padre, la obra redentora por la aplicación de sus méritos y gracias a las almas, y para ser plenamente glorificado por el Padre con la gloria que tenía junto a El antes de existir el mundo.

«De un confín del cielo fue su salida, y hasta el otro confín su regreso».

Por eso mismo, el gigante Jesús no había concluido aun su carrera: *«Salí del Padre y vine al mundo; otra vez dejo el mundo y voy al Padre»* (Jn. 16 28). Después de salir del Padre por su generación eterna, había dado sólo el primer salto, viniendo a nosotros desde el cielo; le faltaba ahora el segundo salto, dejando el mundo y volviendo a su Padre. Es la **tercera etapa**.

También aquí, una vez más, el Padre glorifica a su Hijo:

1º Dándole una paga eterna, la exaltación eterna de su Santa Humanidad y de su Santo Nombre:

«Cristo se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual también Dios lo exaltó hasta lo sumo, y le otorgó el Nombre que es sobre todo nombre; para que en el Nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre» (Fil. 2 8-9).

2º No concediendo a partir de ahora ningún beneficio natural ni sobrenatural sino por medio de su Hijo Jesús, y por los méritos de su Hijo Jesús.

3º Haciendo que el Cordero sea eternamente glorificado en los cielos por la alabanza y gratitud de los predestinados a su sacrificio:

«Digno es el Cordero, que fue sacrificado, de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria, y la bendición» (Apoc. 5 12).

4º Finalmente, no permitiendo entrar en el cielo sino a aquéllos que hayan sido imágenes vivas de Jesús crucificado, reproducciones del Cordero sacrificado y de la Hostia viva y callada del altar.

Mas tampoco aquí nos olvida Jesús; pues su Ascensión a los cielos está motivada por el amor que nos tiene, y nos obtiene muchos bienes: • nos prepara nues-

tra morada en el cielo; • nos envía el Espíritu Santo; • se convierte en nuestro perpetuo Intercesor y Abogado ante el Padre; • y desde el cielo sigue rigiendo a su Iglesia.

Conclusión.

De todo esto se deduce para nosotros una importantísima consecuencia: que la bondad y amor que Jesús nos tiene lo llevaron a recorrer estas tres etapas de su gigantesca carrera *para ser nuestro Modelo*: • por su muerte nos enseña a morir al pecado; • por su resurrección nos enseña a proceder con tenor de nueva vida, una vida toda para Dios; • y por su Ascensión nos muestra cuál ha de ser nuestra futura gloria.

Pero no sólo eso: en estas tres etapas de su carrera, quedamos indisolublemente unidos a Cristo por la gracia: según las palabras inspiradas de San Pablo: • con El morimos al pecado; • con El resucitamos a una nueva vida; • con El somos ya glorificados:

«Dios, que es rico en misericordia, movido del excesivo amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente con Cristo [convivificavit nos], nos resucitó con El [conresuscitavit nos], y nos hizo sentar con Cristo Jesús [consedere fecit nos] sobre los cielos» (Ef. 2 4ss).

Todas estas verdades las resume admirablemente San León Magno en los Maitines del día de la Ascensión, con las siguientes palabras:

«La Ascensión de Cristo es nuestra exaltación; y donde precedió la gloria de la Cabeza, allí está llamada también la esperanza del cuerpo. Regocijémonos, amadísimos, con gozos dignos, y alegrémonos con piadosas acciones de gracias, porque hoy no sólo hemos sido asegurados como poseedores del paraíso, sino que en Cristo hemos penetrado en lo más alto de los cielos, ganando por la inefable gracia de Cristo mucho más de lo que habíamos perdido por la envidia del diablo».

Concédanos Nuestra Señora la gracia de comprender que en Cristo somos infinitamente ricos, ya que nuestros son sus méritos, sus satisfacciones, sus gracias y sus mismos misterios, a los que quedamos asociados; y nos conceda también por consiguiente la gracia de morir y vivir como El murió y vivió en la tierra, a fin de ser eternamente glorificados con El en el cielo.

**Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo?
Este Jesús, que de vosotros ha subido al cielo,
así vendrá como le acabáis de ver subir al cielo.**

Hechos de los Apóstoles, I, II.